



*Nuestro compromiso
puede mejorar
el mundo:
Humanizar la Vida (I)*

Queridas hermanas

La primera de las prioridades del Plan Apostólico de la Congregación que estamos implementando, es el compromiso con los pobres y las personas vulnerables. Queremos que nuestra misión esté enfocada especialmente en las víctimas de sociedades que son excluyentes, en los que están arrinconados en los márgenes, en los abandonados que no tienen quien los defienda ni se ocupe de ellos, en los privados de libertad, etc.

No tenemos que hacer demasiado esfuerzo para encontrar en el Evangelio la actitud y la enseñanza de Jesús, al respecto. Podemos recordar al ciego de Jericó que estaba al borde del camino, al paralítico que le trajeron en su camilla, a la mujer hemorroísa que sufría muchos años con su enfermedad, y a tantos otros: leprosos, ciegos, endemoniados, enfermos, tristes... Jesús se mostró siempre sensible al dolor de las personas, y cuando se dio la ocasión los libró de su sufrimiento, los puso de pie y los reintegró a la comunidad de la que estaban, muchas veces, apartados. Además, cuando quiso enseñar a sus discípulos, describió situaciones bien extremas, como la del hombre herido abandonado en el camino, en la parábola del buen samaritano, o la del pobre lázaro ignorado por el rico Epulón. Así, Jesús mostró la actitud que sus seguidores deben tener con las personas sufrientes y necesitadas.

Nuestra espiritualidad reparadora, nos lleva necesariamente a mirar de frente las realidades de dolor, injusticia, violencia, y toda situación que necesite ser reparada. Los testigos que nos han precedido, empezando por nuestros fundadores, y siguiendo con Damián, Eustaquio, y tantos otros más anónimos que hemos conocido en la vida de congregación, nos han mostrado cómo el cuidado sencillo, el apoyo cercano, el acompañamiento en el dolor, entregan dignidad, paz, levantan y renuevan la vida de las personas que sufren.

No podemos olvidar que la Congregación hizo suya, y consideró, prioritaria la opción por los pobres en su capítulo general del año 1979. Ciertamente, nuestra vida y misión llevan ese sello, y todo lo que hacemos va en esa línea: formamos niños y jóvenes para que sean solidarios con los más débiles, despertamos la sensibilidad por los marginados, nuestros proyectos sociales buscan paliar en parte el daño de muchos, ... pero nos encontramos hoy día con nuevas formas de pobreza y vulnerabilidad, que piden de nosotras siempre un poco más.

En este tiempo de cuaresma, el Papa Francisco nos ha invitado a “trabajar” por nuestra conversión. Es un tiempo especial para mirar nuestras actitudes, nuestros compromisos, nuestras opciones personales y comunitarias. Preguntémonos cada día si hemos mirado con más atención, con mayor interés y cuidado a las personas que encontramos en el camino, para no pasar de largo ante su necesidad. Si hemos orado con más fuerza por aquellos que más necesitan; si nos hemos interesado de verdad por los que sufren,...

Busquemos con decisión y compromiso si podemos hacer más de lo que hacemos para aliviar algún dolor, para acompañar y socorrer a alguien, para estar donde el Señor nos necesita y amar en su nombre a los pobres y a las personas vulnerables.

Con cariño,